

9.30 DE LA MAÑANA

FG tarda unos instantes en digerir lo que acaba de suceder. Le parece todo irreal y hasta grotesco. Pero una cosa es cierta: la cuenta de Ortiz de Fuentemayor y Derivados está en peligro. Llama a su jefe de tráfico.

Darío termina de hablar por el móvil con uno de sus mensajeros para darle un nuevo servicio y acude a la oficina de FG. Este le cuenta su conversación con Fuentemayor omitiendo, claro está, algunos detalles familiares que no están relacionados con el servicio.

— No hay ningún problema— dice Darío— Quedan más de tres horas para la entrega del documento. Eso está hecho.

— ¿Qué mensajero vas a enviar?

— A Carlos, es al que le pillas más cerca de esa zona.

— Pero ¿y si te ves obligado a enviarlo a otro sitio cuando llegue el momento? Podría ocurrir ¿no? No andamos sobrados de personal.

— No te preocupes —responde Darío convencido de lo que dice— Yo lo arreglaré.

Tras unos momentos de titubeo, FG dice:

— Envía a “El Bala”

A Darío se le hace un nudo en el estómago. ¿Cómo le dice al jefe que no sabe dónde está?

FG mira atentamente a su jefe de tráfico, le está taladrando con la mirada. Parece que ha adivinado que algo va mal.

— ¿Qué pasa?

— No ha venido a trabajar.

— ¿Está enfermo? ¿No está su mujer a punto de dar a luz?

— Es que no lo sé. No he podido hablar con él. Tiene el móvil apagado.

FG explota.

— ¡Somos los tontos del pueblo, Darío! ¡Hemos perdido a un mensajero! ¡Cojonudo! ¡Como vamos sobrados de personal, que más da!

— ¿Y qué quieres que haga?

— ¡Búscalos!

— Pero...

— ¡Y cuando lo encuentres, si es que lo encuentras, le dices de mi parte que se pase por la oficina a buscar el finiquito!

— ¿Y a quién envió a Ortiz de Fuentemayor y Derivados?

— ¡A quién te salga de los huevos!

Darío abandona el despacho de FG hablando solo, mascullando palabras ininteligibles. Se cruza con Laura que abandona la oficina para ir a hacer visitas. Sandra le mira cuando se sienta delante de él. Darío está cabreado, FG le ha pasado a él toda la responsabilidad del asunto.

Bien, calma.

Aún queda mucho tiempo para el servicio.

Enviará a Carlos. Cuando va a coger el móvil para ponerse en contacto con él, Silvi le pasa una llamada.

— ¿Quién es? — le pregunta Darío — Ahora no estoy para hostias. Atiéndele tu, por favor. O Sandra.

— Es “El Bala” — le anuncia Silvi.

9.45 DE LA MAÑANA

— ¡Me cago en tus muertos, Bala!— le grita Darío - ¿Dónde te habías metido?

— He llevado a mi Lulú al Hospital de la Valle de Hebrón.

— ¿Y qué ha sido? ¿Niño o niña?

— Ni una cosa ni la otra. Una falsa alarma.

— ¿Otra vez? ¿Pero es que sois tontos? Es la segunda vez en una semana.

— Pero es que Lulú se pone a morir.

— Escucha— Darío intenta no perder la paciencia—. Hasta que no veas a tu mujer que pierde agua como una fuente, tranquilos.

— Eso es lo que nos dice la comadrona, Darío. Pero es que yo me pongo malo al ver a Lulú de ese modo.

— ¡Pues cálmate! Y espera a que rompa aguas. Otra cosa...

— ¿Que?

— El jefe está que trina. He tenido que decirle que no tenía ni puta idea de donde estabas. Imagina como se ha puesto. ¿Por qué no me has llamado?

— Lo siento, Darío

— ¿Dónde estás ahora?

— En casa.

— Escucha, tengo un servicio especial para ti. Especial y comprometido... A las doce y media en punto tienes que estar en el Banco PP.BB de la calle Balmes con Mallorca. Pregunta por el señor Hilario Fontseca. Te dará un sobre con algo tan importante

en su interior que si llegaras a perderlo, en fin, no quiero ni pensar lo que podría ocurrir. Por de pronto, te irías a la puta calle

— Ahora no, Darío. Que voy a tener un hijo.

— Con el sobre te vas a Ortiz de Fuentemayor y Derivados. Fíjate en lo que te digo, “Bala”. Tienes que estar allí A LA UNA EN PUNTO. ¿Has comprendido? A LA UNA EN PUNTO. Y le entregas el sobre al señor Fuentemayor y Derivados EN PERSONA. A nadie más. ¿Alguna pregunta?

— No. Todo está claro. Parece algo importante ¿no?

— Mucho.

— ¿Y que hago hasta las doce y media?

— Tómate un café.

— Tío, que necesito pelas.

Darío recorre con la mirada los pocos albaranes que aún le quedan encima de la mesa. Coge uno.

— Vete a Transmediterránea. Te darán un sobre para MÚSICA Y LÁGRIMAS. La señora de Aguas Calientes lo está esperando.

— Gracias, Darío.

— No me falles con lo otro “Bala”. Te la juegas, mejor dicho, nos la jugamos. Venga.

Darío cuelga y vuelve a sus pipas (que para él son como una especie de afrodisíaco) y liquida unas cuantas antes de ir al despacho de FG para informarle de todo.

— Ya está, me acaba de llamar “El Bala” y le he dado el servicio.

— ¿Qué le ha pasado?— gruñe FG.

El jefe de tráfico se lo cuenta.

— De todos modos mañana quiero hablar con él— dice FG des-

pués de oír el relato— A ver si entienden de una vez que los mensajeros tienen que estar localizables.

Darío, más satisfecho, regresa a su mesa. Confía plenamente en “El Bala” porque es el mejor. Jamás le ha fallado. Es rápido y fiable.

Sandra le cuchichea:

— ¿Qué pasa, Darío? Parece que se acabe el mundo.

Darío se limita a encogerse de hombros y no da ninguna explicación. No quiere líos.

Pero Sandra quiere saber que está ocurriendo así que se acerca a Silvi y ésta la informa:

— Parece que se trata de algo importante. Ha llamado el señor Ortiz de Fuentemayor en persona para hablar con el jefe, así que imagínate. Y no sé nada más. Pero hay tomate, seguro.

— Seguramente— asiente Sandra— Veo al jefe y a Darío muy inquietos.

En ese momento se escuchan pasos a sus espaldas. Pasos firmes y rápidos. Sólo pueden ser los pasos de FG.

Sandra se cruza con él y Silvi vuelve a lo que estaba haciendo en su ordenador.

FG abre la puerta de la calle con su habitual energía y abandona la oficina. Va a tomar su desayuno, compuesto por Cacaolat y un croissant, un desayuno posiblemente más propio de un colegial. Pero es que en el fondo, FG tiene un espíritu juvenil.

10.15 DE LA MAÑANA

Ha tomado asiento en un rincón del bar, a esa hora poco concurrido. La soledad es un bálsamo en aquellos momentos de tormenta anímica. Consume con premeditada lentitud su desayuno, repitiéndose una y otra vez que la vida es totalmente injusta. Tantos años de sacrificio, de lucha, de noches sin dormir para levantar un negocio y todo se puede venir abajo si un mensajero no llega a la hora en punto al despacho de su mejor cliente.

Es mejor que no se engañe. No conduce a nada, sólo a confusiones. Si Ortiz de Fuentemayor y Derivados anula la cuenta que tiene con la 819, será un golpe durísimo y más teniendo en cuenta cómo estaba yendo la facturación en las últimas semanas. ¿Qué haría si ocurriese? ¿Cómo podría tapar aquel tremendo agujero? ¿Cuántos nuevos clientes necesitaría para hacerlo?

Lo más seguro es que para conseguirlos se vería en la obligación de jugar al juego de la tarifa a la baja, es decir, tarifas baratas, pero eso sí, sin menosprecio del servicio o lo que es lo mismo las tres malditas palabras: BBB (bueno, bonito y barato). Y lo peor de todo es que hay clientes que aún se creen que eso es posible.

Bien, pero intentemos ser optimistas. ¿Por qué tiene que salir mal? “El Bala” no me fallará. Es el mejor. Seguro que a la una en punto estaría entregando en Ortiz de Fuentemayor y Derivados el maldito sobre con el aval.

Termina su desayuno y con el regusto del Cacaolat en la boca, aspira con fuerza para darse ánimos y se dirige a la barra, dedica una sonrisa a Patri, la camarera sudamericana, paga y sale a la calle. Ha dejado de llover. Sus mensajeros ya no tendrán que soportar la maldita lluvia.

Con paso firme regresa a la agencia. Tras sí deja un rastro de pesimismo que en ese momento se le antoja precipitado.

10.45 DE LA MAÑANA

“El Bala” es pequeño y veloz como un proyectil. Montado en su moto, es como un centauro callejero.

Se conoce todas las calles y atajos de la ciudad del mismo modo que se conocía la distribución de su casa.

Cuando sus compañeros habían hecho un par de servicios, él había hecho el doble. Pero también era consciente de que en muchas ocasiones se jugaba la vida, de que cuando sorteaba con imprudencia algún vehículo que se interponía en su camino, era como echar una moneda al aire: podría salir bien o acabar en un Hospital como su buen amigo el pobre “Tragamillas”.

Pero no entiende el trabajo de otro modo. Además, necesita dinero. Acaba de casarse y va tener un hijo.

Sortea un coche, luego otro, se caga en la madre que parió de un taxista que le cierra el paso y finalmente enfila la Gran Vía.

— Son las 10.50. Hay tiempo para todo, Manué— se dice

Pero ni aún así afloja la marcha.

A ESA MISMA HORA

La 819 bulle. Parece que todos los clientes se han puesto de acuerdo y están llamando al mismo tiempo. Darío está que se sube por las paredes porque no puede atenderles a todos como él quisiera. Le faltan vehículos.

Ese es un tema del que tiene que hablar muy en serio con FG y cuanto antes mejor, aunque ya sabe que el jefe está al tanto y conoce perfectamente la situación.

Eva le dice algo, pero él ni la oye porque tiene el móvil pegado al oído. Sandra está dándole los últimos bocados a su desayuno. Silvi atiende otra llamada.

FG encerrado en su despacho, exprime hasta el límite sus ideas. Hace apenas diez minutos se sentía optimista. Ahora ya no. El pesimismo le domina a pesar de los esfuerzos que hace para que no sea así.

Y lo que faltaba.

Darío se cuela en el despacho para decirle que Hugo ha tenido una avería con su furgoneta a la salida de Cornellà.

— ¿Es importante la avería?— le pregunta FG

— Al parecer sí. Por lo que me ha contado tiene que llevarla al taller. Durante tres o cuatro días no podremos contar con él. Esto complica aún más las cosas...

— Ya sé lo que vas a decirme, Darío — interrumpe FG. — Que andamos cortos de personal debido a las bajas y ahora lo de Hugo. ¿Crees que no lo sé? Pero un mensajero no se improvisa así como así. Tú sabes tan bien como yo que estamos poniendo anuncios a diario en los periódicos. A diario. Todos los días de la semana. ¿Y qué ha venido? Dime ¿Algo que valga la pena? Nada. Así que haz lo que puedas, utilicemos taxis, que salgan los comerciales, o yo mismo saldré a hacer servicios. Darío. Esperemos que todo se arregle pronto

FG se queda de nuevo a solas en su despacho. Intenta recuperar las sensaciones positivas, pero se encuentra como en un túnel donde de pronto aparece una luz a lo lejos y de repente, esa luz desaparece y vuelve la oscuridad.

Sí, hoy está siendo un mal día. El servicio se resiente, los clientes no están siendo atendidos como a él le gusta y la 819 les tiene acostumbrados.

Quizás mañana sea mejor.

Y para celebrarlo, pone un CD de Joan Manuel Serrat, aquel en el que además de otras bellas canciones hay una que se titula: “HOY PUEDE SER UN GRAN DÍA”